



DÍAZ MORENO, Félix (ed.): *Camino de perfección. Conventos y monasterios de la Comunidad de Madrid*, Madrid, Consejería de Cultura, Turismo y Deportes de la Comunidad de Madrid, 2019. 708 págs. ISBN: 978-84-451-3781-9.

Elena Muñoz Gómez
Universidad de Salamanca

Camino de Perfección es el título que presta Teresa de Ávila a este libro dedicado al inventario y análisis del arte y la arquitectura religiosa del clero regular en la Edad Media y la Moderna en la Comunidad de Madrid. Este gran catálogo forma parte de un ambicioso proyecto expositivo y editorial para la puesta en valor y difusión del patrimonio, y ofrece una guía experta para adentrarse en los «rincones» de los conventos y monasterios que vienen determinando el aspecto actual de la provincia y la ciudad capital.

En la monografía se recogen los hitos del patrimonio conventual de la Comunidad en el arco cronológico comprendido entre las fundaciones de San Martín (1086) y las Salesas Nuevas (1793), último edificio catalogado a pesar de que reconocen tras su fundación nuevas construcciones y traslados. Esto lleva a considerar uno de los mayores atractivos de esta publicación científica y divulgativa: que no elude su carácter problemático. Félix Díaz Moreno pone de relieve en su introducción muchas de las cuestiones historiográficas que condicionan los catálogos histórico-artísticos y que normalmente quedan ocultas a los lectores: la arbitrariedad de los límites geográficos y cronológicos de la obra, el esfuerzo analítico y reflexivo que conlleva hallar un resultado consensuado, la subjetividad de la selección de piezas, las dificultades de fijar con certeza las dataciones de las fundaciones y, por tanto, las relaciones de influencia e hibridación entre ellas. Acotar el corpus

únicamente a los edificios emblemáticos hubiese llevado a parcelar la visión de conjunto, y por ello se recogen aquellos conventos y monasterios desaparecidos o prácticamente desconocidos. Así se deducen valoraciones cuantitativas y cualitativas sobre las órdenes que rigen las construcciones, las tipologías arquitectónicas, su distribución topográfica, los fundadores, las circunstancias urbanas, institucionales, etc. Desde este inicio se nos pone además sobre aviso de la doble motivación, material y espiritual, que tienen las edificaciones religiosas. Un convento se funda para el enterramiento del fundador que adquiere con ello estatus mundano y vida eterna. Las creencias justifican los gastos económicos.

Ocho ensayos contextualizan las fichas de los conventos en el estamento religioso regular hispano y madrileño. Su lectura es un viaje por los centros de la topografía urbana y el proceso de su gestación, desarrollo y desaparición. En el primer capítulo, de Mariano Casas, se tratan las distintas fórmulas históricas que trazan desde antiguo ese *camino de la perfección* de quienes se apartan a la vida religiosa. Tras unas aclaraciones terminológicas y un repaso por los antecedentes anacoretas y eremíticos de la vida monástica, el autor nos lleva hasta la configuración moderna de los conventos comunitarios y las «fórmulas mixtas» que dan lugar a formas modélicas y construcciones híbridas de la arquitectura, comenzando por las vírgenes y ascetas, «primeras formas específicas» de consagración, el establecimiento del monacato benedictino, las reformas cluniacenses, cistercienses, la canonjía regular, los camaldulenses, los cartujanos, las reformas mendicantes, franciscanos y predicadores, carmelitas, agustinos, trinitarios y mercedarios, hasta los jerónimos, «orden con especial identidad hispana». Detrás de las diferencias —señala el profesor Casas— subyace el mismo fundamento teológico del cristianismo. Obediencia, castidad y pobreza son los caminos de la imitación de Cristo que va dejando huellas en la topografía señalada por los hitos de la arquitectura religiosa.

En el segundo capítulo Félix Díaz presenta su reflexión acerca de los fundadores y patronos de estas construcciones. Entre las problemáticas post-tridentinas destaca el crecimiento del número de fundaciones y regulares, esencialmente de órdenes femeninas. El estudio del contexto de este fenómeno en el siglo XVII y las problemáticas históricas que se derivan, se apoya en documentos escritos y gráficos que permiten analizar los factores económicos y socio-psicológicos que estimulan las fundaciones: procesos singulares en cada caso y no siempre sujetos a una crono-lógica. El testamento del fundador establece bases económicas del monasterio, como las dotaciones, o del culto, según las obligaciones de los religiosos, y traduce el deseo de proyección de una imagen magnánima de «aparente austeridad». La fundación nobiliaria como promoción personal la impulsa la imitación aristocrática de la realeza y la rivalidad entre familias y señores. Ello hace crecer el número y la monumentalidad de las arquitecturas concebidas como «símbolo parlante de la nobleza».

El texto de Beatriz Blasco reivindica, en cambio, a los arquitectos de estos edificios. Las restricciones del decoro arquitectónico que exige la liturgia y la observancia de cada comunidad de religiosos, son valoradas como estímulo al «ingenio» del artista. El capítulo se centra en el paradigma constructivo de la

Compañía de Jesús en Roma: Il Gesù. Tras considerar la difusión internacional del modelo romano, se ponderan sus adaptaciones en Madrid, y a la vista de la variedad de soluciones, se plantea el problema de la categorización tipológica: «Arquitectura jesuítica» y «carmelitana» son modelos que marcan el desarrollo de la arquitectura conventual de la ciudad y su adaptación depende de las reglas de las órdenes. También la función litúrgica motiva cambios formales en el arte mueble, tabernáculos y otras piezas del culto del siglo XVII que serán atacadas por el movimiento antibarroco.

A estas alturas del libro, el lector está familiarizado con los vínculos entre la forma y la función que precisa la arquitectura religiosa: necesidades del culto, de la vida comunitaria, los fines fundacionales, que determinan los modelos y sus adaptaciones. Además Juan Luis Blanco resalta el factor del entorno urbano que hace surgir tipologías integradas a la trama: *lonjas* que articulan los recintos de lo sacro y lo profano y derivan en nuevos espacios públicos; *galerías* y *pasadizos* promovidos por patronos partícipes de la vida religiosa; y hacia adentro, las *residencias* de estos patronos en los conventos terminan de ejemplificar la función social que condiciona los edificios. El autor señala también la espiritualidad detonante de formas modélicas, la observancia a la pobreza que deben mostrar las construcciones de órdenes reformadas en el siglo XVII, y de nuevo valora el éxito del modelo carmelitano adaptado a otras fundaciones que dejan soluciones híbridas y «experiencias espaciales» particulares ligadas a necesidades litúrgicas y problemas de adaptación arquitectónica al contexto urbano.

Miguel Hermoso presenta las «bellezas y curiosidades» que albergan los monasterios a través de descripciones de viajeros del siglo XVIII, teniendo en cuenta las variaciones históricas de la «justa valoración del arte». Se trata de obras fundamentales para la historiografía, de Tiziano, Tintoretto, algunas desaparecidas, como de José de Ribera, y tan exitosas como las esculturas de Gregorio Fernández, de artistas que son indicio del carácter inter-nacional de este patrimonio no limitado a las artes bellas, piezas «suntuarias», en el caso de los tapices, y no siempre obras maestras: también objetos devocionales de mercado. Todas estas piezas convierten los conventos y sus sacristías en «museos» abiertos al público, y este importante factor explica, según Hermoso, la competencia de los artistas y su deseo de trabajar en las fundaciones religiosas de la ciudad regia.

Concepción Lopezosa dedica su análisis a los procesos de supresión y desamortización que, tras el auge de las construcciones religiosas en Madrid, comienzan a provocar cambios sustanciales en el entramado bajo el gobierno de José Bonaparte y de Fernando VII. La demolición de conventos, como el de San Gil, ocasiona nuevos ámbitos públicos, como la Plaza de Oriente. La apertura de espacios para el comercio, las políticas de saneamiento, la expresión de nuevas modas en la vida aristocrática, son algunas de las claves de estas reformas marcadas por la falta de previsión y los intereses económicos. Casos como el de los Agustinos Recoletos, las modificaciones del Ensanche, la renovación del entorno palaciego, la apertura de la Gran Vía, desencadenan una problemática desaparición de monasterios dando paso a la nueva imagen de la ciudad en las cartografías del siglo XIX.

El estudio de Rosario Bustamante, Rosa Cardero y Bárbara Costales prosigue ahondando en esta historia reciente de transformaciones, protagonizada en el siglo XX por las actuaciones de la Dirección General del Patrimonio, bajo amparo de la Constitución, y el compromiso entre el Estado e Iglesia que da lugar a los acuerdos institucionales, para llevar a cabo Inventarios y Planes Nacionales sujetos a principios establecidos por organismos internacionales. En un segundo capítulo las autoras ofrecen una reflexión sobre la desaparición del patrimonio conventual desde la desamortización de Godoy y la Guerra de Independencia, hitos iniciales de una época de saqueos y medidas para la conservación que comienzan a aplicarse cuando ya escasea la vocación religiosa que pudiese garantizar la funcionalidad original de los conventos. Las autoras ofrecen un listado glosado de los conjuntos afectados por las políticas de supresión y desamortización, y señalan el principal problema al que se enfrentan hoy los responsables de este patrimonio: ¿qué hacer con los conventos deshabitados? Cuestión social y económica que requiere, según las autoras, concienciación y colaboración de organismos oficiales.

El libro se cierra con dos ensayos poéticos sobre poéticas. Estrella de Diego, desde una perspectiva de género, matiza la idea de la clausura con la metáfora del *castillo interior* basada en *Las Moradas* de santa Teresa. Pondera la obra autobiográfica de la escritora como «espejo» de su época, y a partir de ella describe el convento cerrado como «hervidero creativo» donde las mujeres desarrollan su intelecto «en busca de un espacio físico de libertad». Algunos hechos socio-religiosos, como el culto a la Virgen y a las santas, la labor educativa y creatividad de las monjas, explican la participación femenina en la cultura eclesiástica a partir del siglo XI. Se recuerdan los nombres de esas mujeres famosas, desde las escuelas carolingias, pasando por Herrade de Landsberg e Hildegard de Bingen, sin descuidar a las artesanas anónimas, hasta llegar a las autógrafas de la época de Teresa. La clausura proporciona silencio y soledad necesarios para tener visiones y escribirlas, fenómeno que se compara con la autobiografía de Barthes: las monjas «letraheridas», rasgan la idea de autenticidad mezclando visiones con la vida cotidiana en una escritura en la celda que trasciende el encierro. Escribir es salir, y la autobiografía, un libro de viajes. Pero —añade también la autora— «salir o llegar son ficciones». La celda y la casa (noción del espacio poético de Bachelard) son como la memoria, insiste De Diego. Y el deseo de visitar un lugar por un tiempo, no es habitarlo en un «tiempo detenido», experiencia que se describe como «modernidad a destiempo» en el trabajo fotográfico de Juan Baraja para el catálogo.

Alberto Martín reflexiona en un último ensayo sobre la «poética de la morada» aplicada a las fotografías que llenan el libro. El autor se pregunta qué elementos representan la idea de habitabilidad, y cómo se relacionan con las imágenes poéticas del espacio. La fotografía, según Martín, deja atrás la labor de documentar y se entrega a la «fascinación» de la interpretación artística de la luz y del espacio, para retratar un tipo de arquitectura marcada por la historia pasada que se sedimenta en ella, la monumentalidad, la necesidad de transitarla, el deseo de habitarla. Sugerir o manifestar presencias o ausencias, expresar lo inmaterial a través de lo material, es esencial en la arquitectura religiosa. La fotografía se sirve del cruce

de funcionalidad y artísticidad, de la casa habitable y la morada espiritual (conceptos de nuevo tomados de la obra de Bachelard), para codificar un subgénero de interiores de arquitectura que no muestra las presencias: las sugiere. La dicotomía de abierto y cerrado se invierte cuando la clausura es apertura y los umbrales son leídos en el sentido benjaminiano, como «elemento superador de la dialéctica...». En definitiva, se trataba de fotografiar «la ausencia y el silencio».

La estructura, la escritura, los índices onomásticos, fichas, planos, mapas, gráficos que incorpora la edición, y las así evocadoras fotografías a color que llenan sus más de 700 páginas, ofrecen a los estudiosos una herramienta para el conocimiento de estos contextos y hacen del libro un objeto artístico en sí, concebido para recorrer con el tacto, con la mirada, con sentidos anhelosos de experiencia estética. La publicación se debe, por un lado, a la colaboración de instituciones que se trasluce en el prólogo de Ángel Garrido, Presidente de la Comunidad, y en la presentación de Jaime M. de los Santos, Consejero de Cultura, Turismo y Deportes; ambos resaltan el papel histórico de la Iglesia en la configuración topográfica y el *skyline* madrileño. Pero tampoco hubiese sido posible realizar este proyecto sin el proceso invisible y silencioso, para nosotros, del trabajo en solitario de los muchos investigadores que participan con estudios que se elevan, desde sus distintos campos de acción, sobre las metodologías de la historia del arte, perspectivas abiertas que hoy renuevan las visiones de un pasado nunca del todo conocido, e imaginado a través de sus huellas materiales.